

## Capítulo XIV

El Viejo Mundo y Mis Hijos

**E**n la década de los 1970, empecé a realizar extensos peregrinajes a Europa. Comencé a familiarizarme y tratar de comprender la relación histórica del viejo y el nuevo mundo, especialmente con aquella España que involucraron al Perú y las Américas indigenistas. Aunque esto podría haberlo hecho leyendo libros como también lo hice y hago, uno tiene que ver y conocer a la gente, su cultura, su historia y sus logros para tener un entendimiento mejor y llegar a sus conclusiones personales.

Mi primer viaje a Europa en 1972, fue con mi familia, aprovechando un programa de intercambio por tres meses, entre la escuela médica de la Universidad de California en San Diego donde yo era residente, y el Instituto Karolinska, división de Medicina pediátrica de Estocolmo, Suecia. Esta ciudad era tal como la había imaginado; con su historia de siglos por todos lados. La gente se veía robusta y sin aparentes problemas manifiestos o visibles en sus rostros. Su andar firme, su lenguaje seguro, y un pasado carente de

miseria que atestaba su conocida complacencia. Ellos están conscientes de sus derechos, tales como los estrictos códigos de trabajo de no más de cuarenta horas de labores por semana, y programas sociales, especialmente para la gente de edad y la niñez. Sus impuestos son altos, pero usados para beneficiar a aquellos que los pagan y a la nación que los une.

Llegué solo (mi familia se uniría a mí más tarde) al aeropuerto de Estocolmo y me dirigí al hotel en un taxi, pagando un precio algo caro. El taxista hablaba mejor inglés que yo. Entré al anticuado hotel y tomé una habitación en el tercer piso con vista a la calle. Mis pensamientos, me hacían recordar el deteriorado hotel de Saint Louis, pero éste estaba indescriptiblemente limpio. Las ventanas eran grandes y estaban abiertas hacia afuera, donde todo era silencio; unos cuantos carros eran conducidos sin causar ruido. Me quedé fácilmente dormido en este lugar foráneo, aunque estas gentes no eran extrañas para mí. Teniendo una esposa noruego-finlandesa, me sentía en casa porque había tratado con escandinavos en los Estados Unidos, aunque no precisamente en sus propios países.

Estaba aquí para estudiar con el gran pediatra, doctor John Lind, un espigado y gentil profesor, conocido por sus estudios diagnósticos de algunas enfermedades de la niñez, tan sólo escuchando la forma de sus llantos.

En el Instituto Karolinska, asistía a reuniones para discutir o cambiar ideas médicas. Los americanos somos muy extrovertidos, quizás al extremo de parecer exhibicionistas, muy al contrario de la gente sueca, que es muy apaciguada. Ellos difícilmente, y a veces quizás, tenían que ser motivados para expresar sus emociones. *¡Yo quería llegar al alma de ellos, para saber qué es lo que los hacía como eran; y —a lo mejor— entender qué es lo que me hacía ser lo que soy yo!*

El Instituto Karolinska es un antiguo hospital central; muy limpio y donde no se nota confusión, a pesar de que casi todos los casos severos de la nación, son tratados aquí. Uno podría imaginar que estaba en una silenciosa catedral. Hacía rondas en las mañanas con todos los doctores. Los niños tenían enfermedades exóticas, pero generalmente no parecían sufrir. Sus cabellos rubios y sus hermosas caritas no mostraban signos de miseria, como aquellos a los que yo estaba acostumbrado a ver, aún en los Estados Unidos. Estos niños eran protegidos y respetados. Los doctores los trataban como pequeños adultos; sus problemas eran causados por dolencias, no por sus vidas sociales. Los niños con anormalidades genéticas como el síndrome de Down y otros con retardo mental, se veían más lúcidos que en otros países. Ellos parecían comprender sus problemas, pero eran conscientes de pertenecer a una sociedad organizada, con la seguridad de estar bien cuidados o haciendo sus infortunios más tolerables para ellos mismos y el resto de los ciudadanos. Era asombroso para mí, ver que la estructura del Gobierno podía aliviar las vicisitudes de la vida, haciendo la existencia de algunos desafortunados más llevadera, especialmente, si la benevolencia de los ciudadanos contribuyentes, no es abusada.

Después de un tiempo en este hospital, me sentía un poco aburrido, porque no habían signos de desesperación humana. Las mismas madres que iban a tener hijos enfermos, como infantes prematuros u otros posibles riesgos neonatales, eran traídas a este centro antes del parto y sus vástagos eran tratados en forma serena, nunca con apuros o bajo situaciones de emergencia, como en los Estados Unidos u otros países.

En Norteamérica, a veces, aún practicamos Medicina sin coordinación. Nos gusta el exhibicionismo de la hazaña médica. Por

ejemplo, cuando las madres con factores de riesgo en el embarazo dan a luz en distantes hospitales carentes de especialistas, éstos son llamados para venir a ayudar al infante con complicaciones como sucede en el nacimiento de prematuros. Esto era parte del entrenamiento que yo recibía en Medicina neonatal. En una de esas ocasiones, mientras estaba de servicio en el hospital de la universidad, tuvimos una llamada de una de las más calurosas áreas de los desiertos en Estados Unidos; El Centro, para estabilizar y traer a un infante prematuro de dos libras de peso con problemas respiratorios. Llamamos a la Guardia Costera para que nos transportaran en un helicóptero; coordinamos con nuestros doctores neonatólogos y enfermeras para volar al desierto. Llegamos y logramos estabilizar al niño con toda la tecnología y los conocimientos de nuestro grupo. Trajimos al prematuro, después de un sacudido y exasperante viaje a nuestra unidad de cuidado intensivo neonatal (NICU) en la universidad. A las seis de la tarde estábamos en las noticias, en resplandecientes colores como instantáneos héroes. La gente quedaba asombrada por nuestro empeño, pero pocos sabían, que estos esfuerzos no eran beneficiosos, porque la madre con el niño en el vientre debía haber sido transportada a un centro médico con especialistas, como cuando llevan similares casos al Karolinska. En Suecia el público no está expuesto a noticieros extravagantes como éstos, debido a sus programas preventivos. No es una crítica; sólo es la descripción de cómo son hechas las cosas en diferentes partes del mundo.

En nuestras rondas en el Hospital Karolinska, llegamos a un pabellón con niños que tenían enfermedades infecciosas; lo que no era común en este hospital. Hacía tiempo, que no había visto un caso en el que yo pudiera poner mis manos y sentir su gravedad y

destrucción. Pregunté a estos médicos suecos que eran casi el doble de mi estatura: ¿Cómo tratan ustedes a sus pacientes de meningitis tuberculosa? Debido a nuestra proximidad con la frontera mexicana, yo había visto y tratado muchos casos en los Estados Unidos y estaba muy al día en esa materia. El médico escandinavo, con tranquilidad, respondió casi lacónicamente: “Doctor Sánchez, nosotros no hemos tenido un solo caso de tuberculosis en este país, en los últimos veinte años”.

Yo equivocadamente, había pensado que ellos estaban desprovistos de patología; pero entendí la razón, ellos habían dominado la mayoría de sus problemas sociales, mayormente a través de programas liberales y una consciente legislación para el beneficio de la nación.

En otra oportunidad, mientras hacíamos rondas en la unidad de neonatología, vi un niño prematuro que había estado gravemente enfermo, pero no habían médicos ni enfermeras en su cuarto; solamente un sacerdote y los padres del paciente que sostenían una de las manos del niño mientras se le administraban los santos óleos. Tenía que resistir el deseo de ir a revivir al agonizante infante; hacerle respiración boca a boca, darle oxígeno, entubarlo, iniciar una línea intravenosa, y quizás prolongar su agonía. Pero estos excelentes y estoicos médicos, atendían a otros pacientes, siendo conscientes que hicieron lo mejor. Habían trabajado con este niño toda la noche y sabían cuándo parar. La relación entre la Medicina y la sociedad, era de respeto mutuo y no adversarial como en los Estados Unidos, donde los abogados son parte esencial en la relación de los médicos con sus pacientes. Pero no con estos médicos suecos, *jellos se sienten protegidos y seguros de sí mismos y sus vidas profesionales no estaban sujetas a dilemas legales!*

A pesar de ser el hospital más grande en Estocolmo, ellos no hacían inserciones a la vejiga (inserción de una aguja en la vejiga a través del área púbica para obtener orines) en infantes para diagnosticar infecciones en el sistema génito-urinario. En aquel tiempo, esta práctica era más común en los Estados Unidos que hoy en día y querían ver cómo se hacía. Hicieron el anuncio para que todos los médicos residentes vinieran a observar el modo de hacerla. Trajeron un niño rubio, de ojos azules, llorando a todo pulmón. Les dije a las enfermeras que sostuvieran al niño, de manera que yo pudiera poner la aguja para aspirar. Cuando me disponía a explicar cómo hacerlo, este pequeño gigante sueco soltó un rápido e intenso chorro de orina, que casi alcanzó a mi cara. Finalmente, vi a los suecos reír a todo corazón, y el procedimiento no se llevó cabo.

Hice muchos amigos en el instituto y a menudo era invitado a sus casas de verano. Para ellos, yo era un aliento de aire fresco de América, con origen sudamericano. Mis tres meses pasaron, había aprendido mucho y ahora mi familia se me uniría. Mi poco lenguaje sueco había mejorado y bromeaba con mis hijos con las pocas palabras que había aprendido. Paseaba con ellos en las calles y los llamaba “Sverige”, que es la palabra en sueco para Suecia. Mi esposa hablaba el idioma y conocía sus costumbres, lo cual era fácil imitar: Si uno se comporta normalmente, sin aires de pretensión, *juno es un buen sueco!*

Por alguna razón, perdía mi sentido de orientación en Estocolmo. Estaba acostumbrado a conocer la división de una ciudad por sus áreas de pobreza y decaimiento, como San Diego que tiene el sudeste; New York, su Bronx, y Lima, La Victoria. Pero en Suecia, todas las áreas parecen lo mismo; ni más ricas ni más pobres. Un chofer de autobús es tan igual como un doctor, y a veces más

educado, ambos hablan inglés y reciben los mismos beneficios. Esto me hizo filosofar. Creo que a veces, necesitamos a los pobres para tomar orientación en nuestras vidas. Es extraño, pero, *¿podría ser que el pobre dé más humanidad a nuestra existencia?*; como si en cierto modo, la pobreza de otros, nos diera un ideal para luchar. Tan es así que en Suecia, yo sólo tenía que preocuparme por mí mismo. Es así que en este país, yo gozaba de mis hijos, y por esto: sus risas aún están en mi corazón y ¡siempre agradeceré a Suecia por esos momentos!

Partimos para las tierras de mi esposa, países de los ancestros de mis hijos: Finlandia y Noruega. Llegamos a Turku, Finlandia, lugar frígido con calles casi sin vida y como un desierto helado. Mi corazón sentía un vacío. La gente era reservada y difícil para establecer un diálogo. ¡Un mundo diferente! Aquí las únicas parientas de mi esposa eran dos tías, simpáticas, pero calladas por naturaleza y sus risas eran bien controladas. Mientras caminaba por las desoladas calles, me sentía sombrío y meditabundo. Vi un viejo edificio que mostraba una placa de bronce. Era el lugar donde Lenin había planeado su revolución anticapitalista para Rusia, dándome, así, una sensación viviente de aquellos días de la guerra fría.

Después de una semana con ellas, tomamos un barco para volver a Estocolmo. Las dos tías de mi esposa vinieron al puerto para darnos la despedida. Ellas eran dos seres humanos casi olvidados; nunca se habían casado y habían sufrido las privaciones de la Segunda Guerra Mundial. Sus vidas habían sido tan monótonas y mis hijos llenaron sus corazones con la renovación de la vida. Mi hija, Helene, con su abundante y gruesa cabellera de color castaño, piel oliva y grandes ojos oscuros les dio a estas tías; el lazo que conectaba el pasado de esta gente nórdica con el pasado de la civi-

lización inca. Sus vidas quizás tuvieron un propósito en este mundo al ver a estas bellas criaturas con ancestros de ambos continentes. Cuando llegó el tiempo de partir y a medida que el barco estaba zarpando, mi pequeña hija lloraba como si supiera que nunca más las vería de nuevo. Ella amaba a estas tías abuelas por su dulzura. *Mientras la nave se alejaba, podíamos ver a esas dos ancianas desaparecer en la frígida nieve de la triste ciudad hasta que de lejos se veían como “dos puntos helados” en el espacio. Mi corazón empezó a llorar por ellas y por mi hija, ya que desde esa vez; nunca más las vimos. Probablemente ésta fue una de mis despedidas más tristes. Ellas eran gente que nunca conocí y ahora eran parte de mi familia; su sangre corría en las venas de mis hijos. ¡el mundo se hacía más pequeño y el vacío del alma más grande!*

En Estocolmo abordamos un avión para Oslo. Esta capital de Noruega es fría, pero alegre y sentía como si su gente estuviera en paz con su pasado. Había serenidad en sus edificios y en su estructura política. No se sentía ese detrimento sentimentalista o la necesidad de instintos de protección. En estas áreas sus habitantes inspiraban confianza. No había necesidad de luchar contra las leyes de la injusticia, porque no las habían. La vida y el espíritu de la gente gozan los débiles rayos de luz que entran en sus corazones, en este continente de más noches que días y donde el sol de verano brilla a medianoche.

Abordamos otro avión para el ártico en el rojizo ocaso del mediodía y nuevamente estaba en un asiento donde podía ver la naturaleza desde arriba. El escenario, de montañas cubiertas con pura blanca nieve y vegetación no era amenazante. Esta tierra, no parecía crear esa melancolía del corazón como en los Andes; a lo mejor porque su gente había conquistado el difícil pasado y esto les daba

paz espiritual. Quizás percibimos el panorama de un pueblo, ¡por lo que ha tenido por historia!, ¡por lo que se ha olvidado! y ¡por lo que va a ser su futuro! Uno no puede disociar el escenario natural y la historia de una nación, porque son parte del contenido de sus gentes.

Llegamos a Kirkenes, una pequeña y frígida ciudad situada en la parte mas septentrional (a 70° latitud norte) del Ártico Noruego. El Cóndor había volado a la cima del mundo donde nadie —o quién sabe si alguno— de sus ancestros tuvo alguna conexión con estos inhóspitos lugares dominados por gente enérgica y que podía vivir tantos meses del año en la semioscuridad que solamente era iluminada por el fuego de un corazón contento y un alma libre de problemas sociales. La vida sin luz del sol, aún por un sólo día, sería intolerable para la gente donde la miseria y la injusticia son parte de la vida.

En el libro de mi vida, esos días en Europa serán de grata memoria. Mis hijos, ahora estaban relacionados al pasado del pueblo vikingo. La ausencia de la miseria humana en esos países, me dejaba la conciencia libre y no sentía la necesidad de ayudar a los desvalidos, porque no los había. Aquí, podía gozar de aquellos momentos felices con mi familia. Los únicos relatos que podría contar, son los de mis encuentros con las bajas montañas nevadas, donde mis esquíes chirriaban silenciosamente al romper la endurecida y cristalina nieve al deslizarse sobre este frígido polvo blanco. Sentía como si el mundo y nosotros fuéramos tan puros como Dios nos creó. Esquiaba en las tundras por horas y días, y mi corazón se aliviaba de mi tormentoso pasado con la frescura de este apacible, aunque inclemente paraíso del frío.

Sólo una vez me sentí sombrío cuando al regresar de esquiar al mediodía —con un sol tan alejado como si fueran las cuatro de la

mañana— yo pasaba por un cementerio; vi que unos hombres removían lentamente la tierra oscura y congelada por el frío, mientras abrían una fosa sepulcral. Yo pienso que las gentes deben ser sepultadas cuando brilla el sol, calentando así lo último de los restos mortales y también para levantar el ánimo de los corazones de los deudos y continuar otro día de vida. Mientras esquiaba al lado de la macabra escena, sentía el vapor frío de mi nariz y escuchaba el sonido de la nieve. Me sentía cansado y meditabundo, pero mi alma no había sido herida. ¡Cómo deseaba que el sol brillara una vez mas para esa persona muerta! Después de ese episodio, continué gozando del semioscuro paisaje, porque había luz en el espíritu de sus gentes.

Por medio de mi suegro, puedo conjeturar cómo habrían sido los vikingos del pasado: enérgicos, casi desafiantes a las leyes de la naturaleza ante el frío asesino y flexibles como conquistadores de estas altas latitudes, viviendo en paz con su propia insignificancia ante su desafiante naturaleza. Entré al taller de trabajo de mi suegro donde él construía botes de madera, el lugar era frío y olía a madera fresca recién cortada, y para él era como un lugar de veneración. Este hombre viejo había creado un santuario donde podía sentarse apaciblemente fumando y tomando su café, contemplando el fruto del trabajo hecho con sus propias manos. Sus largos años no lo habían disminuido; él podía crear todavía, y él mismo quería poner los botes que había construido en las frías aguas nórdicas y navegar sobre las olas, como si desafiara las leyes de los bravos mares nórdicos. Este fuerte y añejo hombre, era obstinado e intrépido como eran todos los vikingos. Años después, él murió desafiando los mares del Antártico cuando estaba navegando en su propia embarcación recién construida; fue éste un viaje de estreno para el

bote, y su último viaje para él. Murió congelado por las frías aguas cuando el bote se volteó. *Por medio de Anja, mi linaje lleva su sangre y el pasado Inca ha sido mitigado por esta orgullosa y serena herencia vikinga. Las turbulencias de mi historia incaica terminan conmigo. Mi progenie estará libre de estas cicatrices psicológicas de mi pasado. Mis hijos no sufrirán el dolor de mis ancestros, ¡no mas! Las heridas han terminado conmigo.*

Regresé a los Estados Unidos. Los días eran calurosos y brillantes, como si dieran la bienvenida a la noche. La delincuencia y burocracia médica estaba en aumento, y uno sentía como si se estuviera en un río torrencial donde se ahogaba, si no seguía la corriente para poder sobrevivir. La competencia era abrumadora, el deseo de sobrepasar lo que ya se había alcanzado, hacía que mi imaginación construyera más montañas para ser nuevamente trepadas, creando así mis propios obstáculos; tan sólo para sentir que yo estaba vivo. Me sentía como una hormiga, trabajando atareadamente, como si el mundo se fuera a terminar. Ahora habían más pacientes en mi edificio y estaba ampliando el local para más médicos latinos —o cualquier otro que deseara practicar donde yo lo hacía— y no habían muchos de ellos.

Mientras el tiempo seguía su marcha, la monotonía de mi humilde éxito me hizo volar a otros mundos donde estaría en contacto con los perennes desamparados en necesidad de ayuda, y también siempre cerca de la naturaleza virgen que va desapareciendo.